

Suicidio y probables resurrecciones de los partidos políticos

El presente texto es un ejercicio de imaginación sobre el futuro de los partidos políticos en el Perú, pensado a inicios de 1996. Sin embargo, para echar a andar la imaginación hay que saldar cuentas con el pasado y, en consecuencia, con los fantasmas de ese pasado que todavía nos rondan en el presente. Por ello, pretendo también hacer un breve diagnóstico que nos permita imaginar desde una base relativamente sólida.

1. ¿Suicidio o Asesinato?

El CEDEP promovió una reunión en enero de 1996 donde se pudo observar en toda su dimensión, por acción u omisión, a los fantasmas que todavía nos rondan cuando se toca el tema de los partidos políticos. Lo más sorprendente de esta reunión fue la reacción desfavorable de varios intelectuales y también algunos políticos cuando se planteaba que los partidos habían fracasado como tales, es decir como intermediarios políticos, en el período de vigencia democrática, entre 1980 y 1992. Iban incluso más allá, decían que era descaminado hablar de fracaso, que se trataba de un problema mayor, de magnitudes planetarias, que tenía que ver con la globalización y la tercera revolución tecnológica, que los partidos estaban cuestionados en todas partes y...(diría yo) quizás por ello que no deberíamos preocuparnos. Sin embargo, cuando se les ponía frente a la evidencia de los resultados electorales, a lo más atinaban a decir que una conspiración de poderes fácticos con independientes¹ había

¹En el presente artículo usaremos indistintamente las palabras «independiente» o la voz inglesa «outsider» (por fuera), para calificar a las personalidades que intervienen en la política intentando desarrollar una identificación directa con la población por fuera del sistema institucionalizado de interacción partidaria.

sacado del juego a las organizaciones partidarias, impidiéndoles recuperarse posteriormente. Este punto de vista tiene dos variantes: los que subrayan el problema mundial, ven todo perdido y son tentados por el abstencionismo político (e intelectual) y los que evitan la palabra fracaso para defender a los viejos partidos de los ochentas y augurar su pronto y remozado retorno.

Es cierto que se trata de un problema planetario, que tiene como ejemplos, entre otros, a Japón e Italia, Canadá, Venezuela, Brasil y México, ronda incluso en los Estados Unidos. Me atrevería a decir que es la crisis de la democracia elitista, que se erigiera como modelo de democracia representativa luego de la Segunda Guerra Mundial y que hoy, por diversas razones nacionales y mundiales, entra en crisis. Es una crisis que se expresa principalmente como corrupción, debido al manejo por pequeños círculos del inmenso poder del Estado, lo que desemboca en el masivo uso privado de los recursos públicos. Se trata de una crisis que no es ajena al fin de la Guerra Fría y a la globalización económica, política e informativa, que marcan nuestro tiempo. Ambos fenómenos permiten concentrar la atención en los problemas de la democracia y elevar drásticamente, por las expectativas que generan, la preocupación ciudadana por lo que hacen sus gobernantes.

Pero, esta verdad, que se trata de un problema mundial, debería servirnos para contextualizar mejor nuestro problema y no para ocultarlo. En resumen señalamos: que los partidos políticos durante doce años en el Perú, como gobierno u oposición, dieron forma a la vida política del país y al hacerlo tomaron decisiones que afectaron de manera sustancial el porvenir de la democracia, creando las condiciones para que surgieran y se desarrollaran los actores políticos denominados independientes, uno de los cuales procedería, con ayudas non-sanctas, a la ruptura del régimen constitucional el cinco de abril de 1992.

En cuanto a la teoría de la conspiración del independiente con los poderes fácticos para acabar con los partidos el asunto es más grave. El punto en debate, creo, lo sintetizó de la mejor manera, uno de los dueños de casa, el analista Carlos Franco, cuando dijo que en el curso de la

reunión se habían esbozado dos posiciones, los que señalaban que los partidos habían sido asesinados y los que sosteníamos que los partidos se habían suicidado. Inmediatamente agregó que él creía, luego de escuchar las distintas posiciones, que los partidos se habían suicidado. Lo dijo, sin embargo, subrayando que el suicidio se habría producido cuando los partidos empezaron a cederles terreno en la toma de las decisiones sustantivas a los poderes fácticos. De esta forma, Franco puso el debate en sus justos términos y planteó el momento decisivo del suicidio.

La discusión sobre si se trató de asesinato o suicidio cobra particular importancia porque si se asume que se trató de un asesinato inducido desde fuera del proceso político por poderes malignos, acto seguido deducimos que Fujimori nos cayó en paracaídas y constituye un fenómeno político arbitrario, del cual seguramente deberíamos libramos con un acto súbito similar al de su aparición. La tesis del suicidio, en cambio, nos permite entender el fracaso de los actores partidarios en asumir sus responsabilidades políticas y, por lo tanto, su rol decisivo en la generación de las condiciones para la ruptura del orden democrático.

Una vez que se acepta la teoría de la conspiración las demás explicaciones también tienen que ser conspirativas. Si los partidos fueron asesinados por una conspiración y Fujimori llegó al poder como consecuencia de esa conspiración, pues este se mantiene en el poder y los partidos en sus respectivas tumbas gracias a otra conspiración. Esta cadena de conspiraciones no ve otro futuro que no sea la vuelta al pasado y carece de argumentos para explicarse el apoyo popular al golpe, primero, y los triunfos electorales del fujimorismo después.

Es más, el propio rol de los poderes fácticos es minimizado por la teoría del asesinato porque se menosprecia la forma como estos poderes fueron ganando influencia en la década de 1980 hasta colocarse en una posición privilegiada que les permitió ser socios, con Fujimori, de una coalición de gobierno y convertirse luego, en la proyección de la alianza con este mismo personaje, en régimen político.

Pero si Fujimori es producto del fracaso de los partidos su aparición no es arbitraria y la podemos rastrear en el proceso político de los

ochentas, incluso en el comportamiento de ciertos líderes que desde el gobierno y la oposición presagiaron el comportamiento autoritario del independiente de marras. En este sentido también, para la oposición democrática, o lo que vaya tomando el nombre de tal, la remoción de Fujimori de la escena política implica remontar ese fracaso y convertirse en alternativa viable cambiando no solo de maquillaje sino también de propuestas y protagonistas. En este punto podemos empezar a dar rienda suelta a la imaginación.

2. Las probables resurrecciones

Cuando hablamos de probables resurrecciones nos referimos al campo de la oposición, porque en los predios del gobierno no hay partido alguno ni parece haber voluntad de constituirlo. El oficialismo cuenta con la popularidad de Fujimori, el aparato de las Fuerzas Armadas y la plata de los beneficiados con las «reformas» neoliberales. Además, el proyecto autoritario que implementa no parece necesitar por el momento maquinarias de participación que pudieran resultar odiosas más tarde. El futuro para el oficialismo es la continuidad y el «ensayo Yoshiyama» de las últimas elecciones municipales demuestra una vez más que la popularidad de Fujimori no es endosable, por lo tanto, se trata de la continuidad del proyecto personal del actual Presidente que sin ninguna duda buscará una nueva reelección «reformando» la Constitución tantas veces como sea necesario para lograr su propósito. La opción del «delfín» no se descarta pero queda como una opción de crisis a la que Fujimori echaría mano solo en caso de extrema necesidad.

No sucede lo mismo con la oposición, en ella el factor adhesión y movilización ciudadanas tiene otro valor y para propiciarlos, además de una buena imagen, se necesita organización política. Sin embargo, en una época de desprestigio tan agudo de la organización política los caminos para reconstruirla pueden ser varios y hasta inusitados. Por ello, las resurrecciones no solo se refieren a los antiguos partidos de los ochentas, sino a la resurrección de la organización política opositora que sea nuevamente protagónica de la vida política en la disputa abierta y efectiva del poder (real) con el fujimorismo.

Cuando hablamos de oposición en el Perú de principios de 1996 la primera tentación es pensar en Unión por el Perú. Sin embargo, la agrupación que encabeza Javier Pérez de Cuéllar, no ha logrado ir más allá de ser una coalición parlamentaria de diecisiete independientes, que acoge varias aspiraciones presidenciales y no ha decidido todavía convertirse en partido político. Por lo tanto, en términos de futuro es más uno o varios proyectos que una realidad. Su clasificación, por ello, puede caber en alguna o en varias de las posibilidades que se dan en las líneas siguientes.

Para un suicida no arrepentido tener la esperanza de la resurrección es un poco exagerado. Eso es lo que pasa con los antiguos partidos que protagonizaron el fracaso democrático, no solo se suicidaron, desencantando a la ciudadanía, sino que carecen de voluntad de arrepentimiento y de propósito de enmienda. Esto es particularmente clamoroso con aquellos que tuvieron responsabilidad de gobierno, como el APRA y Acción Popular, pero también afecta a las izquierdas, a tal punto a estas últimas que han desaparecido de la escena política. Quizás el que más haya avanzado en la autocrítica sea el PPC, pero su rol secundario de ayer sigue siendo el mismo de hoy. Esperar una resurrección de estas formaciones no puede ser sino una ilusión alimentada, en todo caso, por la nostalgia. Sin embargo, los antiguos partidos no habitan exclusivamente el rincón de los recuerdos. Sobre ello volveremos más adelante.

Si las perspectivas de resurrección, simple y llana, de los antiguos partidos son difíciles ¿qué otras alternativas existen? Lo primero que salta a la cabeza son más independientes. Nuevos outsiders que, por fuera del escenario actual (llenado por Fujimori y los poderes fácticos), le roben la película a Fujimori y se incluyan en la escena final. ¿Por qué nuevos outsiders y no nuevos partidos? Porque el tiempo es corto para la formación de nuevos partidos y porque la población debido a la actuación de los antiguos y a la bien montada campaña del gobierno sigue identificando partido con corrupción. Además, el rol de los grandes medios parece que seguirá siendo muy significativo, sin contrapeso democrático alguno, y esa es una situación que favorecería más una candidatura «independiente» que una partidaria.

Pero ¿se trata así nomás que aparezca otro outsider y se lance a la piscina con éxito? Es importante tener en cuenta que ya existe un outsider que ha usado su popularidad para construir un sistema de poder, en alianza con los poderes fácticos, y que esto difícilmente deja sitio para la competencia de otro que le dispute de a verdad ese poder (Belmont es un buen ejemplo de outsider triturado por outsider). Salvo, y esto es muy importante, salvo que el actual sistema de poder entre en crisis. No nos referimos a una crisis coyuntural, sino a una crisis de proporciones originada porque surja un movimiento de resistencia ciudadana a los abusos del gobierno y porque Fujimori en respuesta a eso quiera cambiar el guión que le dictan los organismos financieros internacionales y las Fuerzas Armadas. No es una posibilidad descartable dada la partidización de las Fuerzas Armadas, la endeblez del programa económico y las necesidades de Fujimori de mantener su popularidad.

En estas condiciones de crisis del sistema de poder es que podría surgir otro *outsider* con posibilidades. Ahora bien, no solo nos interesan las posibilidades de un nuevo *outsider* de ganarle a Fujimori sino su beneficio para la democracia y el bienestar de los peruanos, porque si es nada más que una pieza de recambio en el mismo sistema de poder no vale la pena siquiera considerarlo oposición. En este punto central de ser diferente a Fujimori es que vienen los problemas. Un independiente difícilmente (aunque no sea imposible) crearía las condiciones para la desaparición de los independientes, promoviendo la formación de un sistema de partidos, que impidiera el surgimiento de fenómenos similares en el futuro. De igual manera, sería también difícil que apareciera otro *outsider* con la fuerza necesaria para enmendarle la plana al Fondo Monetario Internacional y las Fuerzas Armadas, lo que parece ser el requisito para retomar el camino de la consolidación democrática. No es casual que hasta ahora todos los independientes, por acción u omisión, hayan compartido el «sentido común» neoliberal, es decir, se hayan tragado esa rueda de molino ideológica en nombre de la ausencia de ideologías.

En otras palabras se necesitaría de un *outsider* que se «ensucie las manos» poniéndose a la cabeza del descontento ciudadano, y esa no

parece haber sido la característica de los *outsiders* surgidos hasta el momento.

En este punto, de beneficio para la democracia y el bienestar de los peruanos, es que la creación de uno o varios nuevos partidos puede ser especialmente positiva. La creación de un nuevo colectivo puede tener la ventaja de levantar una plataforma programática alternativa al neoliberalismo y al mismo tiempo combatir el caudillismo que ha sido el lastre de la política criolla y que tiene una nueva expresión con el fenómeno independiente. La creación de nuevas organizaciones políticas, además, puede significar el inicio práctico para un nuevo sistema de partidos, que en su interacción y competencia refunden el régimen democrático en el Perú.

Una variante entre estas últimas opciones, que tampoco por su dificultad debe ser descartada, es la convergencia en un movimiento de las ambiciones de algún independiente con posibilidades, la voluntad de uno o varios colectivos que tengan como perspectiva fundar nuevas organizaciones políticas, y los remanentes de antiguas organizaciones partidarias que hayan superado el veredicto del tiempo y logrado mínimamente remozarse. Aquí es donde el rol de los antiguos partidos puede salir del rincón de los recuerdos y encontrar terreno propicio. Pero de ninguna manera a la cabeza de estos esfuerzos, si los partidos de antes pretenden encabezar de seguro que esta alternativa fracasaría.

Esta variante podría juntar la resistencia de la sociedad civil a las políticas neoliberales con las cualidades mediáticas de una figura que se identificara con la mayoría ciudadana y tuviera la claridad programática (y no solo técnica) que le dieran los colectivos organizados. Constituiría de esta manera la mejor carta de transición hacia un nuevo sistema de partidos, porque combinaría eficacia para ganar con voluntad fundadora de una nueva institucionalidad democrática. Es muy difícil, sin embargo, compatibilizar las apuestas de las personalidades individuales con las de los colectivos y por ello quizás esta alternativa tenga pocas posibilidades de concretarse.

En conclusión, solo es posible construir una oposición democrática en el Perú, que pase de jugar a la política a disputar el poder, si se parte del fracaso de los partidos en el período de vigencia democrática. Esta oposición tiene que combinar imagen, con propuesta alternativa y organización ciudadana. La pura imagen puede llevar al candidato de plástico, la sola propuesta puede quedarse en recreo intelectual y la exclusiva organización alcanzar solo a sectores fácilmente movilizables pero también fácilmente aislables. Hay necesidad de combinar estos tres elementos e irrumpir en la crisis próxima del fujimorismo para empezar a diseñar (la oposición y no Fujimori) el escenario en que se dará la justa del 2000.